

## **¿NOS SENTIMOS CÉLULAS EN EL CUERPO DE DIOS?**

*por Francisco-Manuel Nácher*

1.- En el ocultismo, la ciencia de Dios y de su manifestación, existe una Ley que es el principal instrumento de investigación, la llave maestra para penetrar todos los misterios. Me estoy refiriendo a la Ley de Analogía, cuyo funcionamiento se expresa diciendo, sencillamente, que “como es arriba, así es abajo; y, como es abajo, así es arriba”.

¿Y qué quiere esto decir? Dos cosas, fundamentales para comprender el ocultismo:

Primera: Que la manifestación divina se produce por ciclos, bien descendentes, es decir, que se alejan del origen, de Dios, bien ascendentes, que regresan hacia Él.

Segunda: Que esos ciclos son siempre repeticiones del primero, bien que cada uno en un nivel evolutivo distinto: espirales, que comprenden espirales menores, dentro de espirales mayores.

El corolario al axioma analógico arriba expresado es suficientemente elocuente: los procesos de arriba se repiten debajo y los de abajo, se repiten arriba, según se esté descendiendo o ascendiendo hacia Dios.

Por tanto, esa ley y ese corolario oculto nos permiten, conocidos determinados procesos o fenómenos de determinado ciclo y nivel, inducir o deducir y, en todo caso, conocer, los procesos y fenómenos que tienen lugar en ciclos superiores o inferiores al conocido.

Ésa es la clave de la recomendación del Templo de Delfos: “Hombre, concómete a ti mismo y conocerás todos los misterios del universo”.

Y nos permite igualmente comprender la afirmación oculta de que “el universo es el macrocosmos y el hombre es el microcosmos”, o sea, que en el hombre se repiten todos los procesos y fenómenos que, en mayor escala, tienen lugar en el universo. En una palabra: que el hombre es un universo a tamaño reducido. Y, consecuente y recíprocamente,

conociendo los procesos y fenómenos que se dan en el hombre, podemos inferir y, por tanto, conocer, los que se dan en el universo, porque son los mismos.

2.- Con estas ideas in mente, conviene ahora que repasemos los datos que poseemos sobre “los primeros tiempos”, para poder luego deducir y sacar conclusiones a otros niveles:

Todo lo existente surge del o lo Absoluto. Algo anterior y fuera de la existencia, ilimitado, sin forma ni materia ni espacio ni tiempo, algo no manifestado, no expresado, la raíz de toda existencia; realmente, inconcebible e inimaginable para nosotros.

Este Absoluto, en un momento dado - si vale la expresión para algo que está fuera del tiempo - decide “manifestarse”. Manifestarse significa “descubrir, ponerse a la vista”, tomar forma o apariencia lo que antes no la tenía.

No hace falta decir que la manifestación supuso una limitación, puesto que lo ilimitado no cabe en una forma que, por definición, es limitada. O sea, que el Absoluto excede necesariamente a Su propia manifestación, es más que ella y la abarca y la compenetra.

Esa manifestación del Absoluto se expresa mediante dos polaridades que llamamos espíritu y materia o, respectivamente, positiva y negativa (Pág. 163 del “Cosmos”). La positiva es el Espíritu Universal, la Vida Universal, y recibe el nombre de Ser Supremo, EL UNO el que lo abarca todo, lo excede todo, lo compenetra todo y todo es manifestación suya. Por eso la afirmación de que “En Él vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser”.

La polaridad negativa, por su parte, es la que llamamos sustancia raíz cósmica o Madre Cósmica, de la que toda la materia procede y que posee, como accidentes inevitables, el espacio y el tiempo.

La polaridad positiva, el espíritu, para el que no existen el espacio ni el tiempo, cuando entra en contacto con la materia, pasa a convertirse en vida y hace que la materia adopte una forma. Espíritu y materia, pues, se han convertido en vida y forma.

La polaridad positiva del Ser Supremo se manifiesta en tres aspectos, que denominamos Padre, Hijo y Espíritu Santo, y cuyas notas clave son, respectivamente: Poder, Verbo y Movimiento.

El tercer aspecto, actúa sobre la materia, la polaridad negativa, la sustancia raíz cósmica, la Madre Eterna, y la modifica con su actuación,

estratificándola en siete Planos Cósmicos, de creciente densidad, cada uno de los cuales, es reestratificado, a su vez, en siete mundos que se van densificando septenariamente, a medida que descienden, es decir, se alejan del Ser Supremo.

Esa Trinidad en que se ha manifestado el Ser Supremo, además, se manifiesta en siete centros de conciencia, a los que se denomina “los Siete Grandes Logos, los Siete Espíritus ante el Trono” o los Siete Rayos.

El Ser Supremo se sitúa en el Primer Plano Cósmico, así como sus tres aspectos y los Siete Grandes Logos.

Cada uno de esos Espíritus ante el Trono o Logos se manifiesta, como el Espíritu del que trae origen, en una Trinidad y ésta en siete Logos o Espíritus, siete centros de conciencia suyos, que se sitúan en la parte superior, en el Mundo menos denso del Sexto Plano Cósmico.

Y cada una de esas siete manifestaciones, que participa, por tanto, de la vida del Espíritu de que trae origen y de sus otros seis hermanos, se manifiesta, a su vez, en una Trinidad y ésta en otros siete Espíritus o centros de conciencia suyos, que se sitúan en el siguiente Mundo o escalón más denso. Y así continúa la manifestación, descendiendo Planos Cósmicos y escalones de densidad creciente. Y siempre, abarcando y excediendo y compenetrando cada uno de esos Espíritus a todos los que de él traen causa y siendo abarcado, excedido y compenetrado por aquéllos de los que él procede. Ello es lógico, pues la materia, cuanto más se condensa o cristaliza, menos espacio ocupa.

Cuando esa ya infinita cantidad de Espíritus, que trae origen del Ser Supremo, llega al Séptimo Plano Cósmico, cada uno de los centros de conciencia que están a ese nivel se manifiesta, como siempre, en una Trinidad y ésta en siete Espíritus ante el Trono, que se sitúan en el primer mundo, el menos denso, de ese Séptimo Plano Cósmico.

3.- Uno, de entre esos millones de Espíritus hermanos, situados en el mundo más elevado y menos denso del Séptimo Plano Cósmico, es el Creador de nuestro Sistema Planetario, Y, como sus hermanos, procede a su personal Creación.

Para ello, repite el proceso de siempre: delimita en el espacio preexistente, lleno de átomos ultrerrimos de ese plano, una zona para su propia creación, y la impregna con Su vibración. Luego, se manifiesta en una Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo, cuyas respectivas notas clave

son: Voluntad, Amor-Sabiduría e Inteligencia Activa. El Espíritu Santo estratifica, da forma a la materia del espacio delimitado. Y esta Trinidad, a su vez, se manifiesta en siete Espíritus ante el Trono, cada uno de los cuales, que no es más que un centro de conciencia del creador del sistema, evoluciona y se manifiesta en uno de los siete planetas: Urano, Saturno, Júpiter, Marte, la Tierra, Venus y Mercurio, cada vez más próximos a su Creador.

La Tierra, pues, el planeta en que vivimos y evolucionamos, no es sino la manifestación de uno de los Siete Espíritus ante el Trono del Creador del Sistema Solar que, a su vez, es hermano de oleada de vida de los creadores de todos los millones y millones de sistemas solares que existen en el universo.

Nuestro Dios, pues, el Espíritu Creador de nuestro sistema planetario, emana dentro de sí - como han hecho todos los Espíritus de que trae origen y hacen todos sus hermanos - una serie de oleadas de vida, de centros de conciencia suyos. Tanto nuestro Dios Creador, pues, como los superiores a Él, son seres colectivos, como muy claramente asegura Max Heindel en El Concepto Rosacruz del Cosmos en su página 160.

Una de esas oleadas de vida o Jerarquías Creadoras, de las que conocemos doce, de chispas divinas, de partecitas de la esencia del creador, es la que llamamos la de los Espíritus Virginales, de la que nuestros espíritus forman parte. Porque, no debemos olvidar que nosotros somos espíritus puros e inmortales, creados a imagen y semejanza de nuestro Dios y con Su misma sustancia. Y tenemos por meta desplegar todas las potencialidades divinas que poseemos, como centros de conciencia suyos que somos, hasta alcanzar la omnipotencia, la omnisciencia y la omnipresencia.

Esa meta la hemos de alcanzar descendiendo a planos inferiores a aquél en que hemos venido a la manifestación, rodeándonos de materia de los distintos planos y espiritualizándola para hacerla obediente al espíritu que la habita y permitiéndole expresar sus potencialidades a través de ella. Ese recorrido desde la impotencia hasta la omnipotencia comprende dos tramos: el primero en el que el espíritu desciende y se envuelve en vehículos, cada vez más perfectos, de materia cada vez más densa. Y el segundo, en el que el espíritu asciende a mundos gradualmente menos densos, rodeado de vehículos que ya ha logrado dominar y a través de los cuales se expresa en esos mundos. El primer

tramo se denomina Involución y en él, el espíritu pierde facultades, ahogado por las distintas materias. En el segundo, denominado Evolución, despliega esas potencias a medida que va espiritualizando los vehículos.

La Oleada de Vida Humana ha trascendido ya el Período Involutivo y está ascendiendo por la Senda de la Evolución.

4.- Cada uno de nosotros, pues, cada Espíritu Virginal, cada Mónada, repite el proceso de siempre: se manifiesta mediante tres centros de conciencia suyos, una Trinidad, constituida por el Espíritu Divino, el Espíritu de Vida y el Espíritu Humano, a los que llamamos, conjuntamente, el Yo Superior.

La Mónada está situada en el sexto Mundo, el Mundo de los Espíritus Virginales, inmediato inferior a aquél en que se situó el Logos Planetario, el Mundo de Dios.

Los tres Espíritus, la Trinidad de nuestra Mónada, se sitúan, como ha ocurrido siempre con los Espíritus de que trae origen, a distintos niveles o mundos. Y así, el Espíritu Divino - el Padre - se sitúa en el Mundo del espíritu Divino; el Espíritu de Vida - el Hijo - en el Mundo del Espíritu de Vida; y el Espíritu Humano - el Espíritu Santo - en la Región Abstracta del Mundo del Pensamiento.

Eso, en cuanto a los Espíritus se refiere, en cuanto a nuestra “parte espiritual”. Pero es que esos espíritus, ese Yo Superior que constituyen, a medida que desciende a los mundos más densos, se va envolviendo en vehículos de materia de esos mundos. Y así, poseemos un Cuerpo Mental o Mente, formado con materia de la Región del Pensamiento Concreto, del Mundo del Pensamiento; un Cuerpo de Deseos, formado con materia del Mundo del Deseo; un cuerpo vital o etérico, formado con materia de la Región Etérica del Mundo Físico; y, por fin, un Cuerpo Físico, que es el que conocemos, formado con materia de la Región Química del Mundo Físico. Estos cuatro vehículos, físico, etérico, de deseos y mental, constituyen lo que se denomina la Personalidad.

Tenemos, pues, por un lado, por arriba, un triple Espíritu, un Yo Superior y, por otra, por debajo, un cuádruple cuerpo, Yo Inferior o Personalidad. En total, siete vehículos. Otra vez el siete, que se repite a lo largo y a lo ancho de toda la Manifestación.

5.- Para darnos cuenta de la total imbricación y repetición de procesos y vidas, tengamos en cuenta aún que el Séptimo Plano Cósmico, en el que se desarrolla nuestra evolución, a lo largo de Siete Períodos, no es más que el Plano Físico Cósmico, es decir, el más denso de los siete. De modo que, haciendo las correlaciones entre los siete Mundos de nuestro Plano Cósmico y los siete niveles del Mundo Físico nos encontramos con que:

Nuestro Mundo Físico, como sabemos, está compuesto, de bajo a arriba, de más denso a menos denso, por:

- los sólidos
- los líquidos
- los gases
- el éter químico
- el éter de Vida
- el éter de Luz
- el éter Reflector

Pues bien, desde el punto de vista de esas correlaciones y reflejos y repeticiones ilimitados que configuran toda la Creación, tenemos que, si los Planos Cósmicos son siete y el nuestro es el séptimo, el más denso, podemos – dirigiéndonos “hacia abajo” - identificar el conjunto de nuestros siete mundos con el Mundo Físico Cósmico, resultando, entonces que:

- Nuestro Mundo Físico es, en el 7º Plano Cósmico, el subplano de los Sólidos.

- Nuestro Mundo del Deseo es, en el 7º Plano Cósmico, el subplano de los Líquidos.

- Nuestro Mundo del Pensamiento es, en el 7º Plano Cósmico, el subplano de los gases.

- Nuestro Mundo del Espíritu de Vida es, en el 7º Plano Cósmico, el éter Químico Cósmico.

- Nuestro Mundo del Espíritu Divino es, en el 7º Plano Cósmico, el Éter Vital Cósmico.

- Nuestro Mundo de los Espíritus Virginales es, en el 7º Plano Cósmico, el Éter de Luz Cósmico.

- Nuestro Mundo de Dios es, en el 7° Plano Cósmico, el Éter Reflector Cósmico.

Pero, si nos dirigimos “hacia arriba”, resulta que:

- El 7ª Plano Cósmico es el equivalente del Mundo Físico en el esquema de la Manifestación.

- El 6° Plano Cósmico es el equivalente del Mundo del Deseo en el esquema de la Manifestación.

- El 5° Plano Cósmico es el equivalente del Mundo del Pensamiento en el esquema de la Manifestación.

- El 4° Plano Cósmico es el equivalente del Mundo del Espíritu de Vida del esquema de la Manifestación.

- El 3° Plano Cósmico es el equivalente del Mundo del Espíritu Divino del esquema de la Manifestación.

- El 2° Plano Cósmico es el equivalente del Mundo de los Espíritus Virginales del esquema de la Manifestación.

- El 1° Plano Cósmico es el equivalente del Mundo de Dios en el esquema de la Manifestación.

**Correlaciones todas ellas muy útiles para comprender procesos superiores e inferiores y relaciones e influencias de otro modo incomprensibles. Todo, gracias a la Ley de Analogía.**

6.- Ni que decir tiene que lo lógico es que todos esos siete componentes de nuestro ser funcionen armónicamente, para hacer posible a la Mónada manifestarse en todo su esplendor y proporcionar a su Creador toda la experiencia e información que pueda adquirir, ya que no es sino un centro de conciencia Suyo.

Pero en la composición de esos vehículos de la Personalidad entran materias elementales, cuyo sistema evolutivo es distinto del propio y, además, se encuentran aún en el viaje involucionante y descendente, por lo que, para involucionar o alejarse del origen, de Dios, necesitan vibraciones groseras y bastas (como las que, en su día, necesitaron nuestros vehículos para perfeccionarse), que son las opuestas a lo espiritual y elevado, que ahora necesitamos. De ahí la lucha entre la parte superior y la parte inferior del hombre: El Espíritu, el Yo Superior tendiendo hacia arriba, hacia la espiritualización, hacia las vibraciones más elevadas, y la parte inferior, la Personalidad, tendiendo hacia las

vibraciones groseras, que se alejan de Dios, debido a parte de sus materiales componentes.

Pero, cada uno de nosotros, cada una de nuestras Mónadas, que son nuestro verdadero Espíritu Evolucionante, repite el proceso de sus ascendientes y, además de manifestarse en su Trinidad, los tres Espíritus, lo hace también a través de siete Centros de conciencia que, a nivel de cuerpo físico, llamamos glándulas de secreción interna (gónadas, suprarrenales, bazo, hígado, timo, pituitaria y pineal) y que rigen una parte del cuerpo, siendo influidas, cada una de ellas, no sólo por el rayo de la Mónada de que traen origen, sino por los rayos de las otras seis en que la Mónada se manifestó.

La manifestación se concreta más, llegando a materializarse en varios órganos, cuyo conjunto forma el cuerpo físico, compuesto por millones y millones de células vivas. Este cuerpo físico no es más que la consecuencia de las leyes naturales, que no son sino las fuerzas que impulsan las cosas para que se cumpla la voluntad del Creador.

7.- La materia física primordial, las partículas elementales, se manifiestan, a la vez, como partículas y como ondas. Estas partículas elementales poseen la característica de que tienen memoria, es decir, que sus relaciones dejan en ellas un recuerdo, una modificación, lo cual demuestra que tienen un atisbo de conciencia. Como partículas son inertes, pero como ondas, aglutinan a aquéllas y forman con ellas conglomerados más complejos que las simples partículas y con una memoria y una conciencia superiores a las de cada una de sus componentes. Y, además, con tendencia a seguir formando conglomerados mayores, más complejos, con conciencia más elevada y capaces de desarrollar actividades más complicadas.

En ese proceso de complejidad creciente y concienciación progresiva, se llega a la célula, perteneciente ya al reino animal y, por tanto, dotada de un cuerpo físico, un cuerpo etérico que le permite crecer, asimilar, secretar y reproducirse y un cuerpo de deseos, que le hace posibles los deseos, aunque sean germinales y elementales, y el movimiento. Y, lógicamente, su conciencia es ya mucho más elevada y avanzada que la de las partículas elementales y sus aglomerados, de que está formada.

Las células, a su vez, siguiendo los mandatos de la ley natural, se aglomeran para formar organismos más complejos, que llamamos

órganos. Y los órganos, acaban formando un cuerpo humano que, al estar dotado, además, de un Cuerpo Mental, posee conciencia propia relativa al conjunto, mucho más elevada, por supuesto, que la conciencia de cada órgano y de cada célula o partícula.

8.- Cada partícula elemental, pues, ha de armonizarse con las otras que forman un mismo aglomerado superior y más complejo. Y cada aglomerado, ha de armonizarse con los demás que forman una célula. Y cada célula, con las demás que forman un órgano. Y cada órgano, con los demás que forman un cuerpo. Y, luego, cada cuerpo ha de armonizarse con los demás que lo interpenetran. Y, después, éstos, han de armonizarse con los tres espíritus que los dirigen. Y, finalmente, todos han de armonizarse con la Monada. Ése es el trabajo de la evolución, en cuanto al individuo humano se refiere.

9.- Pero es que, desde el punto de vista de la oleada de vida humana, el proceso sigue hacia arriba: y los hombres, cumpliendo la Ley Natural, hemos de armonizarnos y agruparnos para conseguir una conciencia más elevada que la individual y ser capaces de mayores experiencias. Y formamos la familia y la tribu y el pueblo y la raza y la Humanidad.

Pero, para formar cada uno de estos centros de conciencia es preciso que sus miembros se armonicen, es decir, que lleguen a vibrar al unísono. Es necesario que la conciencia superior penetre hasta cada rincón de los componentes de su cuerpo de manifestación y los dirija, imponiéndose a las conciencias inferiores.

Y esa necesidad de armonización es la causa de que establezcamos hábitos y costumbres y modos de pensar, y de que creamos lenguas y hagamos leyes y códigos, que vayan, poco a poco, armonizando a los miembros de cada familia. Y, luego, a los de varias familias. Y más tarde, a los de un pueblo y una raza y, finalmente, a todos los de la Humanidad.

Fijémonos en que, desde el punto de vista social, estamos obedeciendo la misma ley y, partiendo de la familia, pasamos a la tribu, a la ciudad-estado, al estado territorial y estamos ya creando el superestado, cada uno de ellos con su propia conciencia y en una labor constante de armonización de todos sus miembros. Recordemos, a este respecto, cómo la Unión Europea está haciendo que todos sus estados

miembros homogeneicen sus legislaciones, con el fin de lograr una legislación común y única y, por tanto, una armonización mayor de todos.

Siempre, pues, están presentes la tendencia a la formación de organismos más grandes y complejos y la necesidad de armonización de sus elementos constitutivos para el perfecto funcionamiento del compuesto y el total desarrollo de la conciencia superior.

Esa necesidad de armonización la percibimos, a nivel de cuerpo físico, por ejemplo, cuando se realiza el trasplante de un órgano: Debido a que la vibración de la conciencia que dominaba y compenetraba el órgano donado no es la misma que la del receptor, se produce el rechazo. Sin embargo, si el órgano es del propio cuerpo, como en el caso de la propia sangre o de un miembro amputado y reinsertado, no hay rechazo, porque la vibración dominante es la misma que la del receptor, es decir sus conciencias no disuenan, hay armonía. La armonización, pues, es necesaria para el buen funcionamiento del conjunto. Y esa exigencia se da en todos los planos.

En un plano superior al individual, es lo que ocurre con los delincuentes: que no vibran como el conjunto al que pertenecen, que son disonantes, que no participan de las costumbres, las ideas y las aspiraciones del todo, es decir, que no tienen la misma escala de valores, la misma visión de la vida, la misma conciencia. Entonces la sociedad los segrega, los recicla, es decir, les reestructura la escala de valores, armonizándosela con la del conjunto, y los reintegra a la vida para que desarrollen su misión en la misma.

10.- Si todo es manifestación de Dios, está claro que el Logos Planetario, el Espíritu ante el Trono del que nuestra Tierra es manifestación, posee un Cuerpo Físico, y un cuerpo vital, y un Cuerpo de Deseos, y un Cuerpo Mental, que son los de la Tierra, y que componen, precisamente, Su Personalidad.

Y el Dios Creador de nuestro Sistema Planetario tiene como vehículos, que forman Su personalidad, un cuerpo físico, otro etérico, otro de deseos y otro mental constituidos, respectivamente, por la Región Química y Etérica del Mundo Físico del sistema planetario, el Mundo del Deseo del sistema planetario y la Región del Pensamiento Concreto, del Mundo del Pensamiento, del sistema planetario. Siempre, como arriba, así es abajo, y, como abajo, así es arriba.

Si esto es así, ¿qué son nuestro Cuerpo Físico y el Etérico y el de Deseos y el Mental, sino células en los respectivos cuerpos del Logos Planetario?

11.- La salud, pues, del Logos Planetario e, indirectamente, la del Logos Solar o Creador del Sistema, dependerá de nuestra propia salud. Y su nivel emocional o mental, de nuestro nivel emocional o mental. Y su nivel de conciencia, del nuestro. Depende de nosotros del mismo modo como nosotros dependemos de las células que componen nuestro cuerpo.

Está claro que las células de nuestro cuerpo se necesitan unas a otras para vivir “en sociedad”, aunque podrían sobrevivir aisladas. Pero se han especializado en base a esa convivencia y para formar un organismo mayor y adquirir mayor conciencia, en obediencia a la ley natural que las impulsa - nos impulsa - a formar siempre organismos mayores.

Nuestro cuerpo físico, pues, formado por células, vive mientras las compenetra nuestro espíritu. Y, cuando el espíritu las abandona, mueren. Pero también se da lo contrario: que si ellas mueren, nosotros, nuestro espíritu no puede seguir viviendo en el cuerpo por ellas formado.

¿Y qué necesitamos de nuestras células?

- que existan. Nos son necesarias.
- que cumplan las leyes naturales que les afectan (digestión, respiración, asimilación, oxigenación, depuración, excreción, etc.).
- que trabajen armónicamente.
- que no se opongan al funcionamiento general.

¿Y qué ocurre si cumplen las leyes naturales que les afectan? Que hay armonía entre todas ellas. Que estamos sanos. Todo el organismo está sano y funciona ordenada y debidamente.

¿Y qué sucede si incumplen esas leyes naturales? Que hay desarmonía y, como consecuencia, se resiente la salud. Pero la salud de todo el cuerpo, pues esa desarmonía creará puntos débiles que pronto serán objeto de ataques de microorganismos que aprovecharán la falta de protección que esa desarmonía produce. Y vendrán las enfermedades, las limitaciones, tanto físicas, como emocionales o mentales, pues no

olvidemos que para manifestarse en este mundo, tanto los pensamientos como los deseos y emociones han de utilizar el cuerpo físico.

Porque, de nada nos sirve ser muy inteligentes y muy capaces, si el cerebro físico no puede traducir a este mundo esos pensamientos. Ni resultan útiles las emociones, por muy elevadas que sean, si no se pueden luego plasmar y comunicar a los demás porque el instrumento para hacerlo no funciona debidamente.

¿Y qué hacemos si las células de determinado órgano son rebeldes? Las medicamos, es decir, les aplicamos algún remedio que las afecte directamente, para llamar su atención hacia el buen camino.

¿Y si, a pesar de todo, siguen rebeldes? Las amputamos, las separamos del cuerpo para que no influyan en la salud del resto del organismo.

Es exactamente lo que hace un momento he dicho que la sociedad hace con sus miembros recalcitrantes en disonar con el conjunto. Y, en un plano muchísimo más elevado, es lo que ocurrió cuando fueron lanzados sucesivamente del Globo Central de nuestro sistema planetario los distintos planetas, cuando sus humanidades cristalizaron en exceso determinadas zonas por ellas habitadas, haciendo peligrar la evolución del resto. Y es lo mismo que ocurre, en un plano inferior y oculto, con los Magos Negros: que acaban siendo separados de la oleada de vida humana y teniendo que esperar otro Día de Manifestación.

12.- Esa conciencia grupal ya se da en nuestro cuerpo. Porque las células, individualmente, tienen cada una su conciencia. Pero, como conjunto, se manifiesta en las apetencias y necesidades corporales (“lo que el cuerpo pide”): hambre, sed, cansancio, sueño, etc.

Subamos un nivel. ¿Y qué encontramos? Que nosotros somos un organismo. Pero la ley, la misma ley de siempre, nos hace ser gregarios y tendemos a buscar la compañía de los demás. De ahí la necesidad, de vez en cuando, de la soledad, para digerir y asimilar las lecciones derivadas de la convivencia.

Las cosas que hacemos son cristalización, en la materia, materialización, de nuestros pensamientos. Lo mismo que nosotros y el mundo somos cristalizaciones o materializaciones del pensamiento divino.

Y el idioma es cristalización de nuestro modo de ser y de pensar y de sentir. Y las ciudades. Y las leyes. Y las costumbres. Y los modismos, etc.

Y en esa ascensión constante, en ese perfeccionamiento permanente, en esa ininterrumpida elevación, el deseo se convierte en aspiración y ésta en identificación. Y el instinto de conservación cede paso al conocimiento de la propia inmortalidad. Y el ansia de saber se transforma en intuición. Y el instinto de rebaño, pasa a ser conciencia grupal.

13.- Sabiendo todo lo que antecede, ¿cuál ha de ser nuestra conducta? La indicada por las leyes naturales, que son la voluntad del organismo mayor al cual pertenecemos y del que formamos parte.

¿Y cuándo podemos decir que cumplimos esas leyes naturales? Cuando armonizamos los vehículos que componen nuestra personalidad.

¿Y qué medios existen para armonizar nuestros componentes?

Cristo nos dio la clave: “Compórtate con los demás como a ti te gustaría que los demás se comportasen contigo” o, dicho de otro modo: “ama a tu prójimo como a ti mismo” o “amaos los unos a los otros como yo os he amado” o “amad a vuestros enemigos”. **Todo es lo mismo.** Porque, formando todos los hombres parte del mismo organismo, lo lógico, lo razonable y lo deseable es que nos amemos, que nos armonicemos, que no disonemos. Y por eso son negativos el odio, la separatividad, la segregación, el desprecio, la envidia, la crueldad, etc. etc., porque todos ellos producen disonancias y desarmonías entre los miembros del organismo humano, desarmonías que impiden su normal funcionamiento y el desempeño de la labor que, en el organismo mayor del que forman parte, tienen asignada.

Y, para controlar cómo estamos cumpliendo nuestro papel como miembros de un conjunto, todas las religiones han dado sus preceptos de conducta y han predicado el examen de conciencia. Del mismo modo, la Sabiduría Occidental nos recomienda la práctica diaria de la Retrospección. ¿Por qué? Porque, al realizar este ejercicio, repasamos cada noche todo lo hecho, dicho, pensado o deseado durante el día. Y eso quiere decir que estudiamos nuestra actuación con el cuerpo físico y armonizamos éste con las leyes naturales. Estudiamos nuestros deseos, emociones y sentimientos, armonizando el cuerpo de deseos con las

mismas leyes naturales. Y, por fin, estudiamos nuestros pensamientos y armonizamos nuestra mente con esas mismas leyes. De modo que, armonizando todos nuestros componentes con una sola vibración, la del amor desinteresado y altruista, hemos logrado la perfecta disposición para actuar debidamente, a tenor de la voluntad divina, expresada por las leyes naturales.

¿Y cuándo “somos perfectos como nuestro Padre celestial es perfecto”? Teniendo en cuenta que “nuestro Padre”, la primera persona de nuestra Trinidad particular, es el Espíritu Divino, seremos perfectos como Él, cuando hayamos armonizado la personalidad con los tres espíritus que, a su vez, no son sino manifestaciones de la Mónada, nuestro verdadero Espíritu evolucionante y nuestro verdadero “Padre en el cielo”. Esa armonización, en varias etapas, es la que se logra a lo largo de las distintas Iniciaciones.

Aún vendrá luego la armonización del conjunto de Personalidad y Espíritus con la Mónada, estadio alcanzado por los Hermanos Mayores y momento en el que podremos afirmar, como Cristo, aquello de que “el Padre y yo somos uno”.

14.- Es cierto que, incluso a los que estamos en el Sendero, es decir, que conocemos ya los entresijos de la trastienda del mundo, aún nos cuesta mucho tener presente que somos células en el cuerpo de Dios. Y tenemos la sensación de que Dios se ha olvidado de nosotros. Y de que no le importamos lo más mínimo. Pero, a poco que reflexionemos, hemos de admitir que eso es imposible. Que es sólo una impresión nuestra, llevados por nuestro egoísmo, que desearía que Dios estuviese, ostensible y permanentemente, con su atención fija en nosotros y que dejase sin vigencia, sólo para nosotros, la Ley de Retribución, y que se nos apareciese todos los días y nos consolase en nuestros malos momentos y nos solucionase todos los problemas. Claro que eso no lo hará nunca Dios, porque haría que no avanzásemos, que no aprendiésemos de nuestros errores, que no sacásemos de nuestro interno y pusiésemos en manifestación las facultades divinas que escondemos. En una palabra, que dejásemos de evolucionar y, por tanto, de ser útiles a nuestro Dios.

Si las células de nuestro cuerpo tuviesen conciencia de su propia existencia, es decir, si fuesen autoconscientes, seguramente serían todas ateas. Ateas en cuanto a que ni creerían en nuestra existencia - que, al fin

y al cabo, somos su dios - ni en nuestro amor por ellas, por todas ellas por igual, pues todas nos son necesarias; ni se creerían en la obligación, por tanto, de elevar sus pensamientos a nosotros para llamar nuestra atención. Ni de cumplir nuestros deseos. Y se sentirían olvidadas y abandonadas a su suerte por ese dios que, de existir, no se preocupaba por su bienestar. Es lo que se ha venido en llamar “la indiferencia de los dioses”. Inevitable en determinados estadios de la evolución y, siempre, desde el punto de vista del de abajo. Sin embargo, ninguno de los presentes tenemos la menor duda de que necesitamos a todas las células que componen nuestros cuerpos para poder seguir viviendo en este mundo. Ni de que las necesitamos sanas. Ni de que las queremos. Aunque no podríamos evitar ése su punto de vista tan equivocado y negativo, precisamente para ellas, ya que las haría remisas a esforzarse y a avanzar. Y, para evitarlo, para hacerlas cambiar de opinión, tendríamos que enviarles religiones que les hablasen de nosotros y de nuestro amor por ellas.

Cierto que, si bien las queremos, sin ninguna duda, sólo les prestamos una atención especial cuando enferman o cuando no actúan o no se comportan como fuera de esperar y ello causa trastornos al organismo todo. En esas situaciones, nuestro sistema, que tiene mecanismos de alarma, nos avisa mediante un dolor o una picazón o un malestar. Y, entonces, fijamos especialmente nuestra atención sobre esas células y tratamos de solucionar el problema, bien medicándolas a ellas o al conjunto bien, si la afección es irremediable, separándolas del conjunto y prescindiendo de ellas. A eso se refiere Cristo cuando asegura que *“hay más alegría en el cielo por un pecador que se arrepiente que por cien justos que no necesitan de arrepentimiento”*.

En su evolución, las células no han alcanzado aún ese estadio maravilloso que permite conocer la propia existencia, lo que llamamos la conciencia de vigilia. Por tanto, están a merced, por un lado, de esos mecanismos de alarma que llaman nuestra atención. Y, por otro, de nuestra capacidad de reacción y del dominio que hayamos adquirido sobre nuestros vehículos.

Nosotros, en cambio, como más evolucionados que somos, sí que disponemos de tres grandes ventajas: Por un lado, la autoconciencia, el saber que existimos y el conocer nuestro entorno; por otro, la posibilidad de estudiar las leyes naturales que nos rigen y rigen el mundo; y, por fin, la inmensa capacidad de, mediante la oración, llamar personalmente la

atención de Dios y hacerle fijar su mirada en nosotros. Y, como consecuencia, u obtener la solución de nuestros males, si es que la Ley de Retribución lo permite por nuestro bien, o recibir una descarga de amor y de fuerza para poder continuar nuestro camino, precisamente hacia Dios.

15.- Conocido todo lo que antecede, no hace falta mucho esfuerzo para comprender la necesidad del servicio altruista y desinteresado. **Servicio** porque con él estaremos ayudando a otro pero, indirectamente, ayudándonos a nosotros mismos. **Altruista** porque, en última instancia, todo servicio a los demás es un servicio prestado a nosotros mismos. Y no sería razonable cobrarlo. Y **desinteresado** porque, aunque al final repercute en nuestro bien, no ha de ser éste el objetivo - que de todos modos se cumplirá - porque al actuar egoístamente estamos, sin quererlo, separándonos de los intereses del conjunto y poniendo los nuestros personales por encima de ellos lo cual, lógicamente, ha de producir nuestro propio perjuicio - a tenor de las leyes naturales - y el de los demás, por haberlos privado de nuestra asistencia.

Tenemos, pues, plenamente justificada la advertencia de Max Heindel: “El servicio altruista y desinteresado que prestamos a los demás es el camino más corto, más seguro y más gozoso hacia Dios.”

16.- De todo lo expuesto se derivan varias ideas importantes:

1ª.- Que somos células en el cuerpo de Dios.

2ª.- Que Dios, nuestro Dios y todos los superiores a Él, son seres compuestos. Recordemos, a estos efectos, a los Elohim del primer capítulo del Génesis.

3ª.- Que, tanto nuestro Dios como todos los superiores, nos necesitan para seguir viviendo.

4ª.- Que todos ellos están evolucionando, excepto el Absoluto y, por tanto, son limitados e imperfectos, si bien de inmensa sabiduría y perfección, comparados con nosotros.

5ª.- Que no existe un Dios personal como el que se nos ha dado a conocer por las religiones ortodoxas y exotéricas, sino un Espíritu Planetario en cada planeta que, a su vez, es una célula en el cuerpo de otro ser mayor y más evolucionado. Y así hasta el regreso al Ser Supremo y a la reabsorción final por el Absoluto.

6ª.- Si todo es así, es comprensible que toda la Creación esté basada en el amor y que las leyes naturales hagan que “todo conduzca inevitablemente al bien” y, consecuentemente, que “el mal no sea más que bien en formación”, puesto que a todos interesa que así sea, desde el Ser Supremo hasta la más humilde partícula subatómica.

Ahora, tras todo lo dicho, es lógico que nos resulte más fácil comprender la gran sabiduría y la gran exactitud que encierra la recomendación con que empecé la conferencia y que figuraba sobre la puerta del Templo de Delfos: “Hombre, concómete a ti mismo y conocerás todos los misterios del universo.”

\* \* \*